

---

## SERMON VIGÉSIMO TERCERO.

---

De la impotencia de las demás doctrinas para producir la castidad.

MONSEÑOR :

*Señores :*

LA castidad es una virtud puesta en el mundo por la doctrina católica, y que ha sucedido á la mas general y mas horrible depravacion, no en el sentido de que no se halle aun corrompido el mundo cristiano, sino en el de que lucha contra la corrupcion, y de que la doctrina católica ha creado en él un sacerdocio casto, mujeres castas y una juventud casta. Y despues de haber demostrado esto á la luz incontestable de la historia, me parece, Señores, que deberia pasar inmediatamente á las consecuencias que se deducen de este establecimiento tan extraordinario de la castidad. Pero en pos de la doctrina católica se agolpan otras doctrinas para disputarle el imperio, habiéndola combatido mas ó menos felizmente en diversas circunstancias. Es útil, necesario y curioso ver lo que han hecho estas doctrinas respecto de la castidad; es instructivo, una vez poseida, revelada y establecida la virtud, considerar lo que han hecho las doctrinas extrañas para sostener el paralelo bajo este respecto. Y hé aquí, Señores, sobre lo que llamo hoy

vuestra atención. Me referiré á cosas mas ó menos presentes, trataré de ellas con energía, con valentía; pero no obstante, con una bondad tan grande como la doctrina á que doy mi fe, y que tengo el honor de defender delante de vosotros.

Yo no puedo, Señores, seguir una tras otra todas las teorías que nos presenta la historia en la escena del espíritu humano desde hace diez y ocho siglos. Esto sería perderse en un laberinto; sería convocar ante vosotros todas las ideas que han cruzado por la inteligencia del hombre, con un éxito diversamente notable ó sin resultado ninguno: trabajo tan enorme como inútil. Porque sucede siempre que vencen algunas doctrinas, que aparecen superiores á las otras con una grandeza que obliga á detenerse en ellas, y que revela suficientemente lo que pasa en una region menos elevada que la suya. Pues bien, desde el advenimiento definitivo de la doctrina católica, no hemos visto formarse á su lado mas que tres grandes creaciones doctrinales: el islamismo, el protestantismo y el racionalismo. No miento el cisma griego, aunque ocupe en el mundo un lugar notable, porque el cisma griego, extraño á todo movimiento real, no es otra cosa que la doctrina católica en el estado de petrificación.

Seis siglos habian trascurrido desde la predicación del Evangelio, cuando en un rincón del globo, separado de todo el resto por soledades de arena, entre el Egipto y la Palestina, en el seno de una raza que descendía de Abrahan, cuya gloriosa tradición habia conservado, á la sombra del nombre mas gracioso que haya designado jamás una patria al oído humano, en la Arabia, en fin, nació un hombre. Este hombre llegaba tarde para fundar una doctrina; porque llegaba despues de Cristo, cuando ya obedecía á la cruz todo el imperio romano, y se extendian las ramas

de este árbol vigoroso desde la Siria al Egipto y á la Abisinia. No se intimidó sin embargo: conoció el Evangelio; juzgó, leyéndole, la inferioridad moral de su país, dividido entre la idolatría y los recuerdos abrahámicos, y sin aceptar el yugo de Cristo, desdénando el papel de heresiarca á la par que el de fiel, se colocó entre el mundo antiguo que espiraba y el mundo nuevo que surgia por todas partes, esperando aplanarlos á entrambos, y hacerse, sobre su doble ruina, el último preceptor y el único dominador del género humano. Fundó el islamismo, que ha podido llamarse muy bien una herejía, por ciertas semejanzas manifiestas con el sistema cristiano, pero que se separa de él por la negación absoluta de la Trinidad y de la divinidad de Jesucristo, y que en el fondo no es otra cosa que un ateísmo tradicional, que tiene por tipo, mas ó menos exacto, las creencias y las costumbres de la época patriarcal. El nombre de Abrahan llena todo el Alcoran; es la vida del islamismo. Mahoma ha sustituido Abrahan á Jesucristo, esperando derrocar con él á un tiempo mismo el cristianismo y la idolatría; Abrahan ha sido para Mahoma lo que los primeros siglos cristianos fueron mas tarde para Lutero. Mahoma se volvió hácia lo pasado, eligiendo un punto que creia el verdadero punto del tiempo y de la verdad.

Mahoma consiguió su objeto, Señores; fundó una doctrina, y hace cerca de mil doscientos años que muchos pueblos datan su historia por su hegira victoriosa. Pero ¿cuál fué el resultado de esta doctrina para las costumbres? ¿Cuál ha sido respecto de la castidad el fruto de esta memorable fundación? No necesito deciroslo: conoceis la horrible depravación de los pueblos mahometanos, que cayeron en un abismo mas hondo que las costumbres de Grecia y de Roma, viviendo en virtud de su ley en la poligamia

mas desenfrenada, habiendo humillado á la mujer en una servidumbre y una vergüenza mayores que la de la sociedad pagana, y publicando excesos que no puede trazar palabra alguna. Y no creais que quiso esto Mahoma: no, Mahoma no lo quiso. Como fundador queria elevar á su pueblo, y lo consiguió bajo ciertos respectos. Es manifiesto que su intencion y su orgullo eran traer á la vida la civilizacion transitoria de los patriarcas, y la poligamia nos lo demuestra, así como el espíritu de hospitalidad que respira en el Alcoran. Mahoma no quiso corromper la Arabia, sino regenerarla, volverla al tiempo de sus célebres y piadosos antepasados. ¿Porqué no lo hizo realmente? Porque no pudo. Ni su corazon fué bastante puro, ni su mano bastante fuerte para imponer á las poblaciones que pretendia regir, la santidad y la castidad. El Árabe, como un caballo indómito, ha obedecido á su señor, cuando este señor le ha lanzado por el mundo con un pique de espuela que le prometia la victoria; y se ha lanzado bien con la cabeza ardiente, flexibles los remos, erizada la crin, para nivelar los pueblos en su potente tránsito; pero cuando ha sido preciso ponerle en la boca el freno de la pureza, ha mordido sus anillos de acero, y se ha visto que la doctrina que le arrojaba á la conquista del mundo era una doctrina templada con menos fuerza que sus músculos y que su pecho.

Dos palabras y concluyo. Mirad el Alcoran, y no descubriréis en él el signo de una depravacion voluntaria y calculada. La poligamia era una tradicion patriarcal; y en cuanto á las viles recompensas que se dice promete Mahoma en la otra vida á sus fieles sectarios, si es este el sentido que debe dárseles, es un sentido demasiado sepultado en el islamismo, para creer que haya sido la corrupcion el objeto real, y aun el medio autorizado ó confesado por el fun-

dador. La corrupcion vino por la fuerza de los sucesos, como vendrá siempre, en forma de espuma, por encima de toda doctrina humana. Nosotros mismos, cristianos, á pesar de la sangre del Evangelio infiltrada en nuestras venas, ¿cuánta mayor energia no hemos necesitado contra las costumbres musulmanas que contra sus ejércitos? Mas de un caballero cruzado, al traer sus armas de Oriente, trajo tambien costumbres alteradas; y cuando Federico II, entre los tormentos de su ambicion, dejaba escapar estas palabras: «Saladino es feliz, porque no tiene papa que le impida hacer lo que quiera;» eran el grito del Árabe y del Turco, el grito del islamismo, que salia de su imperial garganta en favor de las costumbres que habia visto y que llevaba consigo.

En fin, libertámonos de él, aunque dificilmente, y algunos siglos despues se halló la sociedad católica, siempre mas ó menos atormentada, en frente de otro momento célebre y fatal. No os trazaré la pintura de los males de la Iglesia en aquellos tiempos. La Iglesia no tiene interés alguno en ocultar, no diré sus culpas, sino las de sus hijos. Ella es bastante fuerte para confesar sus debilidades á todo el universo. Por esto acepto, bajo este respecto, todo lo que querais, como el atleta enfermo y tendido en un lecho acepta voluntariamente la injuria de sus adversarios, que vienen á mirar sus manos lánguidas y á buscar en ellas los signos de la muerte; porque, seguro de su fuerza, deja á su curiosidad la alegría del insulto; los latidos profundos de su corazon le bastan contra ellos, y le dicen la respuesta que dará en nombre de la vida á esta muerte que se espera le devore.

Como quiera que sea, hubo un hombre que quiso reformarnos; ¿y porqué? Nosotros mismos no hablamos al mundo de otra cosa que de reforma. En los claustros, en las cátedras episcopales, en la cátedra

apostólica, en el primer rango de los santos, veo sentados reformadores; y por do quiera que se encuentran hombres, es necesario que un día ú otro día esta potestad de la reforma atravesie y se encuentre, como se levanta súbitamente en el horizonte un viento en el Océano, cuando ha estado largo tiempo apacible y no revela ya á las naves que lo surcan su fuerza y su temeridad, advirtiendo á los marineros que luchen por medio del arte y de la energía contra este enemigo, que no es en el fondo mas que un reformador de su adormecida molicie.

Gracias á Dios! la reforma es pues una cosa de la Iglesia, y el titulo de reformador, el mas bello que concede á sus hijos despues del de fundador. Y aun algunas veces no excede el uno al otro, y S. Bernardo está sin pena al lado de S. Benito.

Pues bien, en el siglo XVI, en un rincon de la Sajonia, se halló un hombre que tuvo el pensamiento de reformarnos, y en verdad que tenia este derecho mas que ningun hombre de su tiempo; porque habia recibido de Dios una elocuencia que salia de sus labios ó que caia de su pluma con igual fecundidad: alma ardiente, tan capaz de retener con el amor como de subyugar con la doctrina, y á cuyo carácter nada faltaba para asegurar la potestad de su espíritu. Añádase á esto que era un cenobita. La Iglesia lo cogió en el siglo, le cubrió con un sayal, le arrojó bajo el cilicio y la ceniza; él habia sentido la vara feliz de la obediencia, las alegrías de la humildad, y esa mezcla de una bella naturaleza con una fuerte gracia le habia preparado maravillosamente para volver á los demás todos los dones del cielo, engrandecidos por haber pasado por su corazón. ¿Qué mas? ¿Un hombre de genio, un orador, un escritor, un monje, todas las potestades y todas las glorías en esta jóven mano! Dejémosle edificar su obra.

Ha concluido, Señores....; pero ¿dónde se le encuentra? no ya en el hogar sagrado de la tienda cenobítica, sino en el atrio de una casa vulgar, tendidos los piés hácia un fuego doméstico y con una mujer á su lado! Él, dos veces consagrado virgen por la uncion del sacerdocio y por los juramentos del claustro! Él, que fué hecho Cristo por la Iglesia, y que no encontró la Iglesia bastante pura para él! ¡Vedle ahí casado! y no solo. Su palabra ha quebrantado la puerta de los antiguos conventos de la Germania; ha turbado la castidad secular del anciano y la mas pura aun del jóven; ha evocado del sepulcro todas las concupiscencias de la carne. Dios no eleva solamente á los sacerdotes por la doctrina católica á la continencia absoluta, sino que hizo el don de esta continencia é inspiró su gusto á otros mil. Preparó para cada miseria del mundo una virginidad que debia ser su madre y su hermana; y este hombre lo destruyó todo. Desecó el sacerdocio en sus mismas raices, quitándole los estigmas de Jesucristo, que debe llevar por medio de su castidad en su carne crucificada. Volvió al siglo las almas privilegiadas que le habia arrebatado el Evangelio, despobló las soledades en que velaba la oracion bajo la guarda de la mortificacion. Todo este corazón, todo este genio, toda esta elocuencia, toda esta fuerza de alma, todos estos planes de reforma fueron á parar, no al diluvio, sino al matrimonio universal.

No es mia esta palabra, Señores, es de Erasmo. Ya conoçais á Erasmo. En aquel tiempo era el primer académico del mundo. En la vispera de las borrascas que debian conmover la Europa y la Iglesia, escribia con la mas consumada elasticidad. El universo se disputaba una de sus cartas; los principes le escribian con orgullo. Pero cuando tronó el rayo, cuando fué preciso declararse por el error ó por la verdad, y dar

á uno ú otro su palabra, su gloria y su rango, este buen hombre tuvo valor de permanecer académico, y se extinguió en Rotterdam, concluyendo una frase elegante, pero desgraciada. Vió antes de morir los frutos de la reforma, bien inesperados de él, y se vengó de ella con la palabra que acaba de escapárseme.

Pero ¿pensais que los reformadores quisieron llegar hasta aquí? No, Señores, no lo quisieron. ¿Creeis que lo quieren hoy? ¿Creeis que las iglesias protestantes, cualquiera que sea el nombre que lleven, no aspirarian si pudieran á tener un sacerdocio que luchara por medio de la castidad contra el sacerdocio católico? ¡Ah! Señores, solo la Inglaterra da cada año veinte y cinco millones para enviar misioneros casados á todo el universo; pues bien! sabedlo, ella daría estos veinte y cinco millones por crear un sacerdote casto. Pero veinte y cinco millones protestantes no bastan para una obra que solo cuesta á la Iglesia católica una gota de aceite. A cada uno su parte. Al lado de la iglesia anglicana, la mas rica del mundo, se eleva la iglesia de Irlanda, la mas pobre de todas, que va á pedir el pan cotidiano á la puerta de sus fieles; pero la iglesia de Irlanda tiene hijos que la veneran, sacerdotes que participan y consuelan la miseria humana, apóstoles que llevan su fe á los confines del mundo; y la iglesia anglicana, coaligada con la Iglesia evangélica de Prusia, no ha podido enviar poco ha á Jerusalen, para representarla en el sepulcro del Salvador del mundo, mas que á un obispo casado.

Mahoma habia fundado, Lutero habia reformado; el siglo diez y ocho aspiró á una obra mas completa, mas nueva, y si es lícito decirlo, la mas magnífica que jamás intentaron los hombres; aspiró á la transformación de la humanidad. Hasta entonces habia vivido la humanidad apoyada en la religion; el siglo diez y ocho quiso romper su alianza y establecer en

toda la tierra el reinado de la razon pura. ¿No hemos recibido de Dios, decia, una razon que emana de la suya? ¿No hemos recibido de él una conciencia que es un reflejo de su justicia eterna? ¿No es el hombre, como sér inteligente y moral, un sér completo, libre, dotado de verdad, conociendo el bien y el mal, y pudiendo dirigirse en sus vias? Y si es así realmente; si el hombre tiene una conciencia recta, una razon verdadera, la misma en todos los siglos y en todos los países, ¿para qué estas religiones diversas que se disputan el honor de conducirle á una verdad que anatematizan reciprocamente? Mientras que la razon es una, universal, pacífica, las religiones, fruto de inexplicables sueños, aumentan en cada siglo la larga lista de sus variedades, y hacen del mundo un campo de batalla en donde luchan paganos contra cristianos, protestantes contra católicos, luteranos contra calvinistas, griegos, armenios, mahometanos, indios, razas sin nombre, que desgarran la humanidad en sangrientos girones. ¿No es acaso tiempo de volverle ó de darle la unidad, porque la haya perdido, ó porque haya necesitado una larga educacion para merecerla? Tal era, Señores, el pensamiento del siglo XVIII, y por una rara fortuna se encontró, para ejecutarlo, una multitud de espíritus superiores, poetas, historiadores, moralistas, novelistas, jurisconsultos, hombres eminentes en todo género de creaciones literarias y científicas, capaces de destruir y de edificar. Jamás se habian visto tantos talentos coaligados en un mismo pensamiento; y el siglo feliz que los produjo, podia decir, al ver su concurso y su ardor, que en efecto se le habia confiado una obra verdaderamente providencial, cuyo fausto cumplimiento veria bien pronto.

Saludad, Señores, saludad á esas esperanzas del ingenio humano, á esas atrevidas promesas, esa larga

navegacion por las regiones desconocidas de la verdad: salud á esos argonautas que van á cruzar á velas desplegadas las columnas del Hércules de la humanidad, y que ven levantarse ya ante ellas las islas afortunadas del porvenir.

¿Y qué hace en tanto la Iglesia? La Iglesia parece ponerse pálida: Bossuet no da ya oráculos: Fenelon duerme en su memoria armoniosa: Pascal ha roto en el sepulcro su pluma geométrica: ya no habla Bourdaloue en presencia de los reyes: Masillon ha arrojado á los vientos del siglo los últimos sonidos de la elocuencia cristiana. España, Italia, Francia, yo escucho por todo el mundo católico; ninguna voz potente responde á los gemidos de Cristo ultrajado. Sus enemigos se aumentan diariamente. Los tronos se mezclan en sus conjuraciones: Catalina II escribe tiernas cartas á estos felices genios del momento, desde los hielos de la Crimea, al salir de una conquista sobre el mar ó sobre la soledad; Federico II estrecha sus manos entre dos victorias; José II va á visitarlos, y depone la majestad del santo imperio romano en el umbral de sus academias. ¿Qué decís de esto? ¿Qué decís del silencio de Dios? ¿Qué hace? El siglo ha marcado ya el día de su caída; esperad: una hora, dos horas, tres horas... mañana enterramos á Cristo. ¡Ay! haránle bellos funerales; han preparado una procesion magnífica; irán á ella las catedrales, se colocarán en fila y se irán de dos en dos, como los rios que van al Océano para desaparecer con un ruido final. ¿Qué decís de esto, Señores? Es cierto, Dios callaba, y se hacia pequeño. Lo habia quitado todo á su Iglesia, todo excepto á sí. Jamás habia dejado Dios hasta entonces desarrollarse totalmente el error; siempre le habia roto la garganta en uno ú otro momento, antes que fuese rey. Esta vez, le dejaba obrar hasta el fin. Esperemos nosotros tambien, y mire-

mos, antes de este fin, cuáles eran los efectos del triunfo de la razon pura en las costumbres.

¿Qué hacia en el mundo la castidad, esa virgen evocada del sepulcro por la doctrina católica? ¿Qué hacia? Mirad los palacios de los reyes cristianísimos; en el cuarto donde habia dormido S. Luis, se hallaba acostado Sardanápalo. Stambul habia visitado á Versailles, y se hallaba allí á su placer. Mujeres arrebatadas del cieno mas vil del mundo jugaban con la corona de Francia; descendientes de los cruzados poblaban con la adulacion las antecámaras deshonoradas, y besaban al pasar el traje reinante de una cortesana, llevando del trono á sus casas los vicios que habian adorado, el desprecio de las santas leyes del matrimonio, la imitacion de las Saturnales de Roma, sazónadas con una impiedad que no conocieran los familiares de Neron. En lugar del arado y de la espada, no sabia manejar una juventud inmunda mas que el sarcasmo contra Dios y el impudor contra el hombre. A sus piés se arrastraba el estado llano, mas ó menos imitador de esta real corrupcion, y lanzando en pos de ella sus hijos perdidos, como se lanzan en pos de los poderosos reyes de la soledad, los leones y sus iguales, las bestias mas pequeñas y mas viles que les siguen para lamer la sangre que ellos derraman.

Al fin brilló el dia de Dios. El antiguo pueblo francés se conmovió de tanta ignominia; tendió su mano derecha, sacudió esta sociedad caída en la apostasia de la virtud, y la arrojó en tierra de un golpe, al asombro pueril de todos esos reyes que lisonjeaban á la razon pura. El cadalso sucedió al trono, segando con indiferencia todo lo que se le llevaba, reyes, reinas, ancianos, niños, doncellas, sacerdotes, filósofos, inocentes y culpables, envueltos todos en la solidariedad de su siglo y en su triunfo

sobre Jesucristo. Una escena final terminó las represalias de Dios. La razon pura quiso celebrar sus nupcias, porque en el cadalso solo habia celebrado sus esponsales; quiso ir mas lejos y llegar hasta sus nupcias. Abriéronse á sus órdenes poderosas las puertas de esta metrópoli; una multitud innumerable inundó su pavimento, llevando al altar mayor la divinidad que se le habia preparado por espacio de sesenta años. ¿Diré su nombre? La antigüedad habia tenido imágenes que exponian la depravacion al culto de los pueblos; aquí estaba la realidad, el márnol viviente de una carne pública. Callo, Señores, y dejo á este gran pueblo adorar la última divinidad del mundo, y celebrar sin misterios las nupcias inmortales de la razon pura.

Fundacion, reforma, transformacion; Mahoma, Lutero y Voltaire, todo paró en el mismo resultado, en la ruina mas ó menos completa de la castidad. Cualquiera que ha tocado á la doctrina católica, cualesquiera que hayan sido sus votos y sus intenciones, ha tocado en el arca sagrada de la virtud. No quiero otras pruebas, para terminar, que vuestra experiencia personal. Yo os pregunto á todos, Señores: ¿no se ha deslizado el veneno del mal en vosotros con el veneno de la incredulidad? La aparicion de este doble fenómeno ¿no es contemporánea en la historia de vuestra alma? ¿Os ha servido alguna vez el racionalismo contra vuestras pasiones? ¿No ha sido mas bien su escusa y su lisonja? La doctrina católica os habia hecho castos; su abandono ha señalado vuestra caída, y siempre que, compadecidos de vuestro estado, aspirais á un dia mas puro, yo os ruego de nuevo me digais, ¿á quién se dirigen vuestra esperanza y vuestras súplicas? Volveis los ojos hácia los tabernáculos en que habeis dejado recuerdos de paz y de honor; os volveis á la doctrina católica, á sus sacer-

dotes, á sus religiosos, á su confesion, á su santa mesa, á todos esos piadosos misterios cuya eficacia habeis experimentado. No quiero decir mas; confio á vuestro corazon esta observacion postrera, y me apresuro á volver á las conclusiones de mi tésis.

Solo la doctrina católica produce en el alma, con exclusion de toda otra doctrina, el fenómeno completo de la castidad. Y la castidad no es una virtud mística, una virtud de claustro y de iniciados; es una virtud moral y social, una virtud necesaria á la vida del género humano. Sin ella, se marchita la vida en sus fuentes, se borra la belleza del semblante, se retira la bondad del corazon, se extinguen y desaparecen las familias, las naciones pierden gradualmente su principio de resistencia y de expansion, se extingue el respeto de la jerarquía en los escándalos; en fin, todos los males entran por esta puerta, por ella han pasado todas las servidumbres y todas las ruinas. Este es su camino real. Pero aun quiero mostraros, aunque brevemente, la necesidad de esta virtud bajo otro punto de vista, y no os admiraréis de que insista en ello, pues que mis deducciones deben apoyarse en estos dos puntos: que la castidad es una virtud necesaria, y no obstante, una virtud reservada por Dios á la accion de la doctrina católica.

Hay, Señores, en la economía política ó social una cuestion primaria, la del desarrollo comun y regular de la poblacion. No quiero tratarla á fondo, y tampoco necesito hacerlo. Solamente os recordaré que los recursos de la naturaleza, en su mas ingenioso desarrollo por medio del arte y del trabajo, no están en proporcion con el acrecimiento de la poblacion abandonada á sus solos instintos. La Escritura nos dice que una de las maldiciones de Dios contra el hombre despues de su caída, fué esta: « Multiplicaré tus partos; » y la realidad nos prueba que en efecto

existe bajo este respecto una falta de equilibrio que necesita ser corregida. La servidumbre y la guerra de devastacion remediaban entre los antiguos este mal: la doctrina católica habia tambien provisto á él inspirando á las familias la estimacion, el respeto y la práctica de la castidad. Y lo habia logrado sin duda, pues que los economistas del último siglo la censuraban por mantener la poblacion en un nivel destructor de su verdadero desarrollo, y esta era una de las armas con que se minaba la existencia de las numerosas comunidades entregadas al celibato. Hoy, Señores, se ha vuelto esta arma contra sus autores. Las olas crecientes de la poblacion, de la concurrencia y de la miseria, advierten lo bastante á los hombres graves una gran dificultad social, dificultad acrecentada por los mismos beneficios de la civilizacion. La paz se asienta cada dia en el mundo; y tiende, como lo anunciaba mucho tiempo antes el profeta Isaías, á hacerse aun mas estable y general. Al mismo tiempo la salubridad pública hace progresos; una administracion mas sabia aleja de nosotros no solamente la peste y el hambre, sino aun esas influencias sordas que minan lentamente la salud de las naciones. Todo concurre á aumentar la duracion media de la vida de los hombres, y ya, en cincuenta años, á pesar de largas guerras, ha visto la Francia seguir su poblacion con rapidez este movimiento ascendente. La division de las propiedades es otra de sus causas sensibles: procurando la comodidad y la seguridad á mayor número, les inclina á una paternidad mas confiada. Me limito á esta ojeada general, y me pregunto en dónde está el remedio de un exceso que parece previsto por todos. Uno hay demasiado conocido, sobrado practicado, que, por temor á la vida, la ataca en su origen, y sustituye á la castidad un remedio que satisface al egoismo y solo espanta á la

virtud. Pero no podemos contar el crimen entre los medios de resolver lógica y moralmente los problemas de la humanidad.

Por otra parte, se cree entrever el deseo de poner condiciones á la libertad del matrimonio, y de hacer su santuario menos accesible al pobre. ¡Pero el pobre! ¡quién tiene mas necesidad que él del socorro y de las afecciones de la familia! Se halla solo en el mundo; no tiene nada para los sentidos y la vanidad; habita una choza húmeda y miserable, en que no obstante puede penetrar el amor, porque el amor penetra en todas partes. Cuando tiene frio, toma á sus hijos en sus rodillas y conoce que es aun hombre, puesto que es padre. ¿Le arrebataremos pues esta única alegría en nombre de la economía política? ¿Haremos con él como el cazador, que arranca á la loba sus lobatos? Solo la religion tiene derecho, no de imponer, sino de pedir al hombre el sacrificio de su familia, porque Dios, que da solo esta vocacion, da al hombre que consiente en ella una madre, hermanos, hermanas, hijos é hijas.

La cuestion permanece en pié. Es manifesto que, dejando á un lado el crimen, la guerra, la servidumbre y todos los azotes del mundo, permanece el género humano con una superabundancia de vida de que no podemos formarnos una idea, pues que pierde en la relajacion una inmensa cantidad de esta vida, cuyo resto aun le inquieta. ¿Será pues preciso que la economía social llame en su auxilio al vicio y al crimen, y los declare protectores natos del genero humano, su providencia necesaria, y el medio normal de la reduccion de su sangre á los limites de lo posible y de lo cierto? ¡Cosa admirable! la vida nos estorba, y si alguna jóven cansada del mundo y despreciada en él lleva su virginidad á un claustro, y por su eleccion, por su gusto, porque le ha dado Dios un

corazon capaz de vivir solo de él, va á ocultar en el trabajo y en la obediencia voluntarias la flor de su juventud, como la paloma que toma sus hijuelos debajo de sus alas y vuela con ellos á los bosques, ¿ se hallará una opinion bastante desnaturalizada para tachar de herejía política, de confiscacion de una cabeza en detrimento de la sociedad, esta fuga de una jóven doncella, que no tiene nada, que nada mas pide á los hombres que permanecer casta y ganar su pan en una comunidad de corazones semejantes al suyo? La vida nos estorba; quisiéramos reglar su carrera, se consiente que se pierda en la crápula, se la arroja al viento por el crimen: pero concentrarla por la castidad, condensarla en la fuerza de la virtud para que se deslice en el mundo por canales regulares, llenos y circunspectos, hé aqui la imperdonable pretension de una doctrina que todo lo invade. Se quiere el resultado material de la castidad, porque es necesario á la rotacion de la máquina social; no se quiere la virtud, porque la virtud viene de Dios, porque es el signo de Dios, y el mundo pone en el primer lugar de sus necesidades que no aparezca Dios con demasiada claridad.

Reasumo en fin, y concluyo. La castidad es una virtud necesaria al movimiento general del mundo, que no puede reemplazar su efecto para la distribucion de la vida sino por la miseria, la servidumbre, el crimen y la inmoralidad. Retirad todas estas causas que mantienen tan bien como mal cierto nivel en el desarrollo de la poblacion; retiradlas con el pensamiento, para establecer en seguida en su lugar un curso bueno y honrado de cosas, y llegaréis á esta conclusion: que está llamada á la continencia absoluta la tercera parte del mundo, y á la continencia moderada las otras dos terceras. Esta es la ley. Tarde ó temprano, Señores, recobrará su lugar la castidad

en medio del mundo; recuperará sus derechos en él; se reedificarán y se honrarán sus altares; se reconocerá que no se puede vivir sin ella, y tal vez contribuirán á ello estas palabras que hoy pronuncio. Magistrados, legisladores, escritores, cualquiera que sea el papel que representeis algun dia en la escena conmovida del mundo, ocasion vendrá en que sirvais la causa del género humano sirviendo la causa de la castidad voluntaria y fiel. Vosotros seréis fieles á ella, repudiareis la herencia de los siglos XVII y XVIII; estipulareis, como Gelon, en un tratado famoso para la humanidad, no la abolicion, sino el restablecimiento del libre sacrificio de la sangre.

La castidad es una virtud necesaria á la humanidad; yo parto de este hecho. Ahora bien, la humanidad no posee esta virtud; la ha hollado á sus plantas hasta el advenimiento de Jesucristo, y siempre que ha querido tocar á la obra de Cristo por el mahometismo, el protestantismo ó el racionalismo, no ha conseguido mas que destruir mas ó menos la castidad, y aun renovar los espectáculos vergonzosos de las costumbres del paganismo. ¿ Qué se deduce de aqui? Se deduce que el hombre no está en su estado verdadero, en su estado natural; porque no puede faltar nada necesario á un sér que se halla en la verdad de su naturaleza. Si el hombre no está en la verdad de su naturaleza, es que ha caido de ella; porque si no hubiera caido de ella, habria nacido fuera de la verdad de su naturaleza, fuera de su naturaleza misma, lo que no tiene sentido. El hombre se halla, pues, en el estado de decadencia, como se lo enseña la doctrina católica, y nada podria demostrárselo mejor que lo que experimenta cada dia de esa parte envilecida y tiránica de su sér.

Pero además, y esta es mi segunda conclusion, pues que la doctrina católica restituye al hombre la

